jon sin salida, y detuviéronse ante una casucha de ruin aspecto, cuya tradicional cancela sevillana aparecía cubierta por una cortina sucia, à rayas encarnadas y blancas. La puerta se abrió sin que llamasen: una vieja levantó la cortina, y Gabriel pudo ver detras de ella, varias mujercillas abigarradamente vestidas, que fumaban sentadas en el patio. La vieja tiró de la cancela hàcia dentro, y dijo en voz baja:

—¡Adelante, niños!....

Y todos entraron: ¡todos!...Todos ménos el Angel de la guarda de Gabriel, que se quedó á la puerta, cubriéndose el rostro con las alas!.....

V.

Sevilla, la graciosa andaluza que se lava en el Guadalquivir y se perfuma con azahares, es una pobre muchacha alegre, quizá loca, que no ha podido olvidar todavía que sus padres la criaron piadosa. Aun en los días en que se marcha á los toros con la saya de medio paso, y el zapatito picado, la mantilla de blon-

das y la teja de carey, centenares de campanas la despiertan para convidarla á misa ántes de rayar el alba.

¡Qué alegre, qué sonoro resuena el eco de aquel bronce, para quien deja el descanso con la conciencia tranquila, y al escuchar aquel cariñoso *¡ven! ¡ven!*—contesta sonriendo —*¡Voy! Voy!*.....¡Qué solemne, qué augusto, qué lleno de promesas llega á oídos del que se arranca al insomnio del pesar, enjugándose las lágrimas, para acudir á aquella voz que le dice: *¡Espera! ¡Espera!*.....¡Qué lúgubre, qué terrible, qué llena de amenazas, resuena en la conciencia manchada del que se tapa los oídos para no oír, y oye, sin embargo, de aquella lengua de bronce.—*¡Teme! ¡Teme!*....

Asi debian de resonar aquellos solemnes acentos en los oídos de tres hombres, que, à la lívida luz del crepúsculo, doblaban la esquina de un callejon sin salida, para tomar en silencio el camino de la plaza de toros. Era uno Desperdicios, el segundo era García, el otro era Gabriel.....Pero no Gabriel alegre, risueño, con la corbata azul y blanca, colores de la Inmaculada y regalo de su madre; sino Gabriel, pàlido, ojeroso, cabizbajo con las manos en los bolsillos del pantalon, y en alto el cuello de la levita, porque tenía frio en todo su cuerpo; con los ojos apagados, tristes como las aguas de un lago en que el sol no penetra, porque tenía también frio en toda su alma.

La pálida luz del crepúsculo comenzaba ya á esparcir sus cadavéricas tintas, sorprendien-

do en las desiertas calles á los perros que buscan en los montones de basura su sustento, y á esos seres extraños, de todas edades y sexos, tipos jamas vistos de día, que en las grandes poblaciones salen por la noche de sus madrigueras, y vuelven à retirarse, como las alimañas del campo, cuando el primer rayo del sol apunta.

No obstante lo temprano de la hora, las buñoleras de la puerta de Triana habían instalado ya sus puestecillos en las avenidas de la plaza de toros, y á la luz de un candil de hierro despachaban los clásicos buñuelos y la copa de anisete, á los numerosos grupos de gente de los arrabales, que acudian á la plaza, para presenciar el encierro y lidiar el *toro del aguardiente.* Esta costumbre ordinaria en otras grandes poblaciones de Andalucía no siempre tiene lugar en Sevilla: acostúmbrase allí por lo comun á efectuar el encierro de los toros á media noche y á puerta cerrada, y suprímese el tradicional toro que llaman del *aguardiente*, por el mucho que se expende y que se bebe durante su lidia, en que puede tomar parte todo el que haya pagado los cuatro cuartos de entrada.

La plaza no presentaba en su interior ese aspecto pintoresco que ofrece el público de las corridas de toros, matizado de colores, rebosando animación, lujo, gracia, vida y movimiento. Veíase, por el contrario, una muchedumbre de hombres y mujeres de la más abyecta plebe, ocupando todas las localidades,

desde la grada hasta el palco, con esa espantosa gritería que resuena también por la tarde, pero que era à sazon una màs soez y más discordante. Centenares de vendedores circulaban por todos lados, con un pequeño vaso sucio grasiento, y una botija verde de aguardiente, que pregonaban con estas palabras:— *¿A quién lo meto á torero?*.....Significativa pregunta, á que se encargaba de dar respuesta el líquido de la botija, capaz de infundir los alientos de un Paquiro, á todo el que lo llevase á los labios.

Gabriel y sus dos compañeros habíanse acomodado en un asiento de cajon, delante de la barrera misma. Un vendedor de aguardiente pasó por allí con su botija verde, y Desperdicios lo llamó, diciendo á sus amigos:

—¡Ea, caballeros!.....¡vamo á matá er gusaniyo!.....

Y como si el *gusanillo* que tuvieran en el estómago fuera una serpiente boa, echóse al coleto cada unò tres de aquellos vasitos, Desperdicios sin alentar, García haciendo figuras, y Gabriel de pronto, con los ojos cerrados, sofocando las violentas náuseas que aquel brebaje le provocaba, como si quisiese sofocar también otras violentas ansias que le atormentasen el alma.

En aquel momento los *guindillas* comenzaron à correr de un sitio à otro, al lado de la barrera, haciendo despejar la plaza á toda prisa: abriéronse al mismo tiempo de par en par las dos grandes puertas, que, colocadas frente

a frente, dan entrada al redondel, una baja el palco de la presidencia y otra al lado de los toriles. Un profundo silencio reinó entónces, y todas las miradas se dirigieron á la puerta de entrada, los cabestros que los acompañaban, los vaqueros, picadores y aficionados—caballeros, tipo genuino de Andalucía, que lo mismo se viste un frac que se pone una zamarra y empuña una garrocha. Una algaraza infernal de gritos, silbidos y golpes dados en las tablas estalló entónces, haciendo á los toros retener asustados su veloz carrera, volver á todas partes sus inquietos ojos, arrancar como para desbandarse, ceder al fin á la querencia de los cabestros y á las hondas de los vaqueros, y desaparecer en tropel por la puerta de los toriles, entre los gritos de la muchedumbre y los torbellinos de polvo.

Uno solo, negro como la noche, se desbandó á la entrada misma del corral, y volvió á la plaza, arremetiendo furioso á las chaquetas, trapos y pingajos que con espantosa gritería descolgaba el público desde la barrera: plantóse al fin en medio de la plaza, y revolvió á todas partes sus feroces ojos, con la arrogante cabeza en alto, como pidiendo á la presidencia enemigos dignos de medir con él sus fuerzas Los vaqueros de á caballo, con sus garrochas en ristre, corrieron entónces á escape, con esa ligereza y gallardía heredera de los árabes, describiendo en torno de la fiera círculos prolongados: llegaron los de á pié, crujiendo sus hondas, y acercaron un cabestro

que hacía resonar acompasadamente su bronco cencerro: entónces el toro, más cuerdo que los hombres, rindióse á aquel emisario de paz, bajó la cabeza, acercóse trotando al manso, y entró pegado á él en los toriles, como un niño travieso conducido á casa por su madre.

Cerróse tras ellos la ancha puerta, y una multitud de hombres y de chiquillos comenzaron entónces á descolgarse por todos los lados de la barrera al redondel de la plaza, armados de capotes viejos de toreo, trapos, prendas de vestir, garrotes y palos usados de banderillas. Sonó un clarin: abrióse la puerta del *chiquero*, y el toro del aguardiente se precipitó en la plaza, arremetiendo á aquella muralla humana, que se desbandó por todas partes, cayendo unos aquí, levantándose otros allá, y huyendo la mayor parte sin detenerse un punto, hasta lograr de un solo salto el abrigo salvador de la barrera. Una hora larga duró aquella *orgía tauromáquica*, en que los revolcones alternaban con los cachetes, las obscenidades con las blasfemias, las carreras con los sustos, la barbarie del hombre con la brutalidad de la fiera; hasta que exhausto el pobre animal, viejo ya y no criado para la lidia, replegóse contra la barrera para hacer frente á sus enemigos, que lo acosaban á trancazos, y le pinchaban banderillas hasta en el hocico, por el solo placer de hacerle daño... ¿Ah! ¡qué cruel es el hombre, no rey, sino tirano de todos los animales, que se queja si un tigre lo devora, y seria capaz de devorar á to-

dos los tigres, si los cocineros hiciesen chuletas de ellos, ó los empresarios de toros los arrojasen á la plaza con las garras cortadas, ofreciéndole en vez de toros, *tigres del aguardiente!....*

Mientras tanto las copas que para *matar el gusanillo* habian tomado nuestros amigos, produjeron en ellos efectos distintos. Desperdicios charlaba hasta por los codos, rebosándole, sobre su fachenda natural, la que el alcohol le inspiraba: García, tumbado en un banco, experimentaba todas las bascas y congojas de uua borrachera en regla; y Gabriel, el inocente Gabriel, desencajado, fuera de sí, desabrochada la camisa, que dejaba asomar nn escapulario azul y una medalla de oro pendiente de una cadena del mismo metal, gritaba y manoteaba con una especie de vértigo, semejante al espantoso *delirium tremens*, que ataca á los encenegados en el vicio de las bebidas alcohólicas.

De repente, hostigado el toro por una banderilla que un pinchito de Triana le había clavado en las ancas, atravezó la plaza, veloz como una flecha, y fué á guarecerse de nuevo en el lienzo de barrera que al asiento de Gabriel correspondía. El presidente hizo una seña, y otro clarin sonó entónces, llamando á los cabestros que habían de llevarse al infeliz animal, librándole al cabo de sus verdugos. Un incidente sobrevino en aquel momento, de esos que con tanta frecuencia acontecen en las plazas de toros, donde toda libertad es

permitida, y toda insolencia y desvergüenza encuentra salvo conducto. Tres estudiantes de los que en la noche pasada habían acompañado á nuestros héroes, atisbaron à Desperdicios desde el tendido en que se hallaban, y deseosos de dar un mal rato al enemigo de Lagartijo, comenzaron á gritar, golpeando la barandilla con los bastones, no bien aparecieron en la plaza los vaqueros y el cabestro que habian de llevarse al toro.

—¡Que lo mate Desperdicios!....¡Que lo mate Desperdicios!....

El grito corrió con la rapidez de una chispa eléctrica, y un momento después toda la plaza gritaba al mismo tiempo, y al son de golpes acompasados.

—¡Que lo mate Desperdicios!...¡Que lo mate Desperdicios!....

Esta grotesca ovación exasperó de tal modo al torero, que, echando venablos por la boca, quiso huir de la plaza, exclamando lleno de rabia:

—¡Que lo maten unas tercianas, jinojo!—Que caiga un rayo y lo parta, canastos!....¡Pues no fartaba màs, sino que Frasquito Muñoz le limpiara er moco á un buey paleto!.....

Gabriel gritaba también agitando el sombrero, y detuvo á Desperdicios por la chupa: pero éste lo rechazó de un empujon, y extendiendo hácia el toro su brazo, que temblaba de ira, gritó:

—¡Allí lo tienes entablerao, gallina¡...¡Descabéllalo tú, si es que te atreves!....

—¿Gallina yo?—exclamó Gabriel fuera de sí.

Y con la rapidez de un rayo quitóse la levita y se lanzó de un salto à la arena. García quiso detenerlo; pero logró tan sólo cogerle por el sombrero, y éste se le quedó en la mano.

Arrojóse entónces tras él haciendo eses: pero ya era tarde. Gabriel estaba delante del toro, y con la levita en alto, dió una patada en la arena citàndolo.....El animal bajó la cabeza, dejando ver su lengua ensangrantada: reculó contra la barrera escarbando con la pezuña, moviò las orejas, y arrancó de un golpe.....

Un grito terrible, uno de esos gritos que parecen salir de millares de pechos por una sola boca, resonó entónces en la plaza.

Viòse á Gabriel voltear por el aire, y caer luégo en tierra boca abajo, con los brazos abiertos, pesado, inerte como un saco de arena....

VI.

Gabriel abrió los ojos y encontróse en una estrecha cama, pobre pero limpia. Una cortina blanca se extendia por la derecha, otro igual por la izquierda, y una tercera cubria la frente, encerrándolo como en un ataud de lienzo. Gabriel miró hácia detras, y vió sobre la pared desnuda una cruz negra de palo, colgada á la cabecera, y por debajo una tablita en que, con caractéres también negros, se veia escrito el número 33. Parecióle entóncen que tras la cortina de la derecha oia una respiración fatigosa; de cuando en cuando, una tos cascarrienta. El movimiento de Gabriel al volver la cabeza hizo crugir la cama: levantóse suavemente á este rumor la cortina del centro, y sus ojos atónitos vieron aparecer à una Hermana de la Caridad. La cabeza de

Gabriel retrocedia en la almohada á medida que adelantaba la Hermana, como si tuviese ante sí una aparición del otro mundo.

—¿Qué tal?—le preguntó la religiosa afectuosamente, inclinándose sobre el lecho.

—¿Pero dónde estoy?—murmuró Gabriel espantado.

La Hermana le miró con una profunda expresión de lástima, y contestó con dulzura:

—En casa de Dios, hermano.

Incorpórose Gabriel bruscamente en el lecho, y cogiendo à la religiosa por una manga, dijo con los ojos desencajados:

—¿En el Hospital?!!.....

—Pues no le digo que en la casa de Dios, hermano?—replicó la Hermana, apartándose suavemente.

—¡En el Hospital estoy!.....¡En el Hospital! —exclamó Gabriel aterrado; y la vergüenza y el horror le desvanecieron de nuevo.

Gabriel se hallaba en efecto en el Hospital, donde le habían conducido en una camilla, sin poder identificar su persona: Desperdicios había desaparecido, y García, borracho como una cuba, no se dió cuenta exacta del suceso, y al verse solo en la plaza, acabó por tumbarse en un tendido, donde le encontraron roncando a la hora de los toros. Al llegar al Hospital, Gabriel permanecía aun sin conocimiento: un médico le reconoció cuidadosamente, y volvió al fin la espalda diciendo:

—¡Bah!.....Aguardiente y un porrazo: que

duerma la mona con calma, y quede en observación por si el susto trae cola.

La finura de las ropas de Gabriel, la pulcritud de sus manos, y la distinción que, no obstante su estado lamentable, se observaba en toda su persona, revelaban bien á las claras que no pertenecía á la clase de gentes que pueblan los hospitales. Acostáronle, sin embargo, en una sala comun, y una Hermana, la que hemos visto acudir á su primer movimiento, quedó á su cuidado.

Al desvanecerse de nuevo Gabriel, la Hermana le aplicó á la nariz un tarrito de éter. Entónces abrió los ojos, y tornó á cerrarlos de nuevo, lanzando un profundo suspiro:

—¡Animo!—le dijo la religiosa: eso no es nada.....

Gabriel guardó silencio y permaneció largo rato con los ojos cerrados, inmòvil y pálido como un cadàver. De repente abrió sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—Hermana.....¿me voy á morir?.....

—¡No, hermano mio!—exclamò la religiosa conmovida. ¡Si no es nada!...Un susto y nada más...El médico ha mandado tan solo un par de días de observación y reposo completo...

Gabriel volvió á cerrar los ojos, y dos anchos lagrimones se deslizaron por sus mejillas, cayendo lentamente en la almohada: vióle la hermana mover los labios como si orase, y apretar contra su pecho, por debajo de la cubierta de la cama, algo que ella no veía. La

Hermana, creyéndole al fin tranquilo, se alejó de puntillas, dejándolo sólo...¡Solo en la cama de un hospital!..¡Solo con su inocencia perdida!.....

Entónces sacó Gabriel de debajo de la cubierta la medalla de oro que llevaba al cuello, y comenzó á besarla sollozando. Era la medalla de su primera comunión, mandada acuñar expresamente por su madre. Por un lado tenía la imágen de la inmaculada: por otro la fecha, *8 de Diciembre*, y esta inscripción: *Monstra te esse matrem* (1).

—*¡Monstra te esse matrem!*—exclamó Gabriel anegándola en lágrimas; y los sollozos, los amargos sollozos del arrepentimiento, á que el perdón concedido presta despues dulzura tan inefable, embargaron su garganta, dejando escapar tan solo, cual saetas de dolor que del corazón le brotasen, agudos y prolongados ¡ay!.....

Dos horas duró aquella congoja, en que mil veces distintas creyó volverse loco.....Dios ofendido.....Su madre desolada.....deshonrado su nombre.....eran las tres ideas que su imaginaciòn confundía y barajaba en torbellino espantoso, uniendo lo verdadero á lo imaginario, lo cierto á lo temido, lo humillante à lo terrible, para aplanar por completo su corazón, como si aquellas tres grandes barreras del alma, Dios, la familia, el honor, se derrumbasen sobre él, sepultando toda idea de consuelo, todo asomo de esperanza, entre los escombros del pecado, la ingratitud y la ignominia.....La racha impía de la desesperación soplaba entónces sobre su alma, àrida, abrasadora, como si el simoum del desierto, inspiràndole diabólicas ideas que el pobre niño rechazaba, oprimiendo aterrado la medalla de la Vírgen, con la angustia del que se ve caer, se siente derrumbar, y no quiere despeñarse!...

—*¡Monstra te esse matrem!*—exclamaba: *¡Monstra te esse matrem!*

(1) Muestra que eres Madre.

Sucede á veces, en esas grandes tempestades del corazón, que la imaginación encrespa y acrecienta, cual una maléfica Nereida, que un incidente ordinario, una observación sencilla, quizá una pena distinta, bastan para imprimir otro curso á las ideas y otro rumbo al sentimiento, echando por tierra los sombríos castillos que habia levantado aquella loca enemiga de la razón, que tanto atormenta al hombre

Un ruido de pasos y de voces produjo en Gabriel este efecto. Acercábase poco à poco aquel rumor, y deteníase con frecuencia por breves intervalos; oyólo al fin á dos pasos de su cama, detras de la cortina, y un solo sentimiento predominó entónces en Gabriel, ahogando todos los otros que atormentaban su alma. ¡La vergüenza!....Ocultó el rostro en la almohada y cubrióse la cabeza con la sàbana, sin osar menearse. La cortina se descorriò al fin, presentándose el médico acom-

pañado de la Hermana y un practicante, para hacer su visita ordinaria.

¡Esta fué la gran expiación de Gabriel!....El *qué dirán*, vano fantasma del cobarde respeto humano, que paso á paso le había precipitado en el triste lecho del hospital, se presentó en aquel momento ante sus ojos como un castigo, revistiendo colores tan formidables, matices tan ignominiosos, que el infeliz Gabriel sintió que subian á su rostro los tintes más rojos de la vergüenza, y angustiaban su corazón los desfallecimieutos más amargos de la congoja. Quedóse encogido en el lecho, sin osar rebullirse ni aun alentar, esperando que pasarian de largo, creyéndole dormido.

Pero el médico se acercó al lecho, y levantó el embozo, y el rostro de Gabriel apareciò entónces amoratado, confundido, bajos los ojos, que dejaban escapar hilos de lágrimas, imágen viva de la confusión que debió de retratar el semblante de nuestros primeros padres al ver sorprendida su culpa. Compadecido el médico le dirigió con bondad algunas preguntas acerca de su estado. Entónces el practicante le preguntó su nombre y su domicilio, para apuntarlo en el registro. Esta pregunta inesperada aterró à Gabriel: cruzó sus manos suplicantes, y con la mayor aflicción pidió llorando desconsolado, que le perdonasen aquella formalidad, que le dejasen morir solo y en un rincon, ántes que deshonrar su nombre, apuntándolo en el registro de un hospital, á

que no le había traido la pobreza, sino su locura y su propia miseria.

Enternecido el médico al oirle, púsole una mano en la frente, y apartando cariñosamente los rubios bucles que la cubrian, le dijo con ternura:

—Bien amiguito: no es necesario... Animo y juicio...que si pasa V. la noche tranquilo, y no siente molestia ninguna interna, mañana podrá dormir en su casa.

Gabriel besò espontáneamente aquella mano que le acariciaba, y conmovidos los tres circunstantes se alejaron al fin, dejando la cortina cuidadosamente corrida.

¡Ah! ¡Cuán claro vió entónces Gabriel, á la viva luz del cielo que la humillación trae consigo, el culpable desprecio de Dios, el insensato temor del mundo, la ciega falta de sentido comun que encierra el respeto humano! ¡Cuàn prudentes y paternales le parecieron entónces aquellas amonestaciones del P. Velasco, y cuàn previsor aquel dicho que tanto irritaba su soberbia.—¡Pilatillo....acuérdate de Pilato!....Porque, como Pilato y peor que Pilato, había él vendido á Cristo, no por temor à un pueblo irritado ni á las iras de un César, sino por miedo á las burlas,—¡que vergüenza!—de un mozalbete perdido y de un canalla truhanesco....Y por huir de la chacota grosera de aquellos entes despreciables, habíase expuesto ya al justo desprecio de las almas honradas, que le veian en el abyecto lecho de un hospital, y le esperaban todavía—

¡qué dolor!—las amargas reconvenciones de su madre, y las justas censuras de todos los que tuviesen noticia de aquel episodio, terrible á la vez que ridículo, culpable al mismo tiempo que ignominioso!....

—¡Qué ceguera!—exclamaba Gabriel, llevándose ambas manos á la frente. ¡Qué insensatez la mía!....Jamas podrán convenir entre sí las opiniones de los hombres, porque la pasión es la regla de los juicios, y las pasiones son distintas en todos ellos....Y en la imposibilidad de agradar á todos, ¿no es una locura ciega, una estupidez insensata, preferir el aplauso de los malos, á la aprobación de los buenos? ¿Merecer el justo desprecio del mundo sensato, como mi madre, por evitar las burlas injustas del mundo canalla, como García?.. ¿Qué hubiera dicho aquel perdido?!!....¿Y qué dirá esa Hermana tan santa, qué dirá ese médico tan bueno, qué dirà mi madre....¡mi madre de mi alma, cuando se le rompa el corazón al saber la vergùenza y la ignominia de su pobre hijo?!!.....

Y aquí interrumpian de nuevo los sollozos á Gabriel, hasta que con nueva exaltación santa y sensata, proseguia diciendo:

—¡Qué mezquina maldad, qué ridícula infamia, pecar por respeto humano!....¡Pecar, no por el placer de un goce prohibido, ni por el logro de un interes vedado, sino por el temor de una risa burlona! ¡Atreverse á desafiar las iras de un Dios por no osar hacer frente á las risas de los hombres!.....¡Como si las risas de los hombres no fuesen la prenda màs segura de la aprovaciòn del cielo! !Como si en el momento en que el mundo reprueba al justo, no perteneciese ya por entero á Jesucristo!.....

Estas reflexiones fortalecian el ánimo de Gabriel, haciéndole sacar de la amarga raiz de la culpa el fruto sabroso de la enmienda, y llevándole suavemente á impulsos de la gracia, en busca del remedio de su daño. Entónces se volvieron sus ojos naturalmente á aquellos buenos religiosos que habian custodiado su inocencia, que le habian profetizado su caida, y le habian enseñado con previsión amorosa los medios de levantarse. Los Jesuitas tenian en Sevilla un Colegio: pero Gabriel jamas habia estado en él, é ignoraba si residía allí algun Padre conocido.

—¿Y qué importa?—se decia cada vez más animado. ¿Acaso los Jesuitas no tienen á gala poseer todos un mismo corazón y un mismo pensamiento?.....Cualquiera me recibirá en sus brazos con amor, y me guiará con prudencia.....Cualquiera me reconciliará con mi Dios y me ayudará á consolar á mi madre..... ¡Madre, madre!.....¡pobre madre mia!..... ¡Cuanto va á sufrir!.....

Y el pobre niño seguia llorando: llorando en la soledad; pero à la vista ya del remedio, y con el corazón abierto á la esperanza.....El sueño y el cansancio le rindieron al fin, poco ántes de rayar el alba; y cuando la Hermana fué á hacer su primera ronda y en silencio